

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *El trabajo*, por María del Pilar Sinués de Marco.—*Al mar* (poesia), por doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—*A la señora doña Maria del Pilar Sinués de Marco*, por Fernan Caballero.—*La Mendiga*, por D. José Muñoz Gaviria.—*Teatros*, por una madre de familia.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.—*LAMINAS*—*Un figurin de modas*.

EL TRABAJO (1).

II.

Solo contaba yo diez años, y aquella jóven vecina parecia llegar á los diez y siete: mas, á pesar de esta gran diferencia en nuestras edades, me inspiraba ella un dulce sentimiento que yo creia amistad, pero que era ese lazo íntimo y dulce que se llama simpatia.

En efecto, ¿cómo podia ser amistad lo que me atraia hácia ella, si jamás le habia hablado, si su carácter y sus costumbres me eran completamente desconocidos? La amistad nace del trato, del conocimiento de las bellas cualidades del alma, y sobre todo de la igualdad en las edades, en la posicion y en los sentimientos.

Lo que me inclinaba hácia aquella jóven de una manera irresistible, era que habia en ella algo de hermoso, de alegre, de tierno y dulce, que la infancia presente y ama.

Era ella un poema de virtud y de hermosura, que mi alma comprendia en parte y en parte adivinaba.

Pregunté á las criadas de mi madre si sabian su nombre, y me contestaron negativamente: ni siquiera habian reparado en ella, lo que no era extraño, porque jamás los caracoles han podido seguir en el cielo el vuelo de la alondra.

Vino un dia á casa una señora anciana, y tuve un pensamiento feliz: recordé haberle oido decir á ella misma que era muy antigua en el barrio, y le señalé el alegre nido de la jóven, iluminado entonces por un dorado y alegre rayo de sol.

—¿Sabe V. quién es? le pregunté: ¿sabe usted cómo se llama?

—Sí, me respondió, sentándome sobre su falda, porque aquella buena señora tenia el encanto de la bondad, que es el mayor atractivo de los ancianos: sí, la conozco, hija mia, y visito á su madre.

—¡Ah, qué dicha! exclamé yo batiendo las palmas. ¿Querrá V. llevarme un dia?

—¿Por qué no? desde aquí voy á visitar á Consuelo y á su madre, y puedes venir conmigo.

Yo me así de la mano de la anciana, y salimos juntas.

Mi corazon palpitaba de alegria: jamás habia sido tan dichosa.

Subimos al nido ocupado por aquellas dos pobres mujeres, y á pesar de mi deseo de llegar, por dos veces mis débiles piernas se negaron á continuar la ascension; tan penosa era la escalera.

Llegamos, por fin, á la estrecha puerta que conducia al cuartito habitado por la jóven y por su madre, y la misma Consuelo vino á abrirla.

Allí, de pié en el umbral, me pareció mas hermosa, mas dulce, mas encantadora que nunca.

La anciana, que me acompañó, se sentó al lado de la madre de Consuelo: esta se sentó junto á la ventana, y volvió á tomar su labor: yo me fui á su lado.

—¿Por qué cose V. tanto? le pregunté timidamente.

—Me gusta mucho la labor, me respondió sonriendo.

—¿Pero no se cansa V. de estar trabajando todo el dia?

—No: porque pienso en el descanso de la velada: por la noche coso solo hasta las nueve, y despues leo un rato.

—¿No desea V. ir á paseo ó al teatro?

—No, querida mia: soy muy dichosa en mi casita, al lado de mi madre, que tanto me quiere, y á la que debo consolar, con mi constante compañía, de sus pesares y de su tristeza: ¡es tan desgraciada!

(1) Véase el número 2.º

—¿Es desgraciada?

—¡Sí, mucho! mi padre era médico, y al morir nada pudo dejarnos: mis hermanos murieron... solo yo quedo para alivio de mi pobre madre: y soy tan dichosa en poderle ser útil, en sostenerla con el fruto de mis labores, que no cambiaría esta ventura por la mas grande de las fortunas.

—¿Será por eso por lo que siempre está usted cantando y riendo?

—¿Y qué puedo hacer sino estar alegre? en el almacén en que me dan bordados, alaban mis labores y me las pagan á un precio mas subido que el regular: algunas veces me dice la buena señora que está al frente de él:—señorita, no carezca V. de nada ni se apure por su buena madre: cuanto dinero necesite, se lo adelantaré,—porque, añadió Consuelo á modo de paréntesis, no crea V. que los que mandan trabajar son tan crueles como dicen; no: la laboriosidad y la honradez son atendidas en todas partes: no pueden estimarse la negligencia, la holganza, los malos modales: pero al que cumple con su deber, todos le atienden y le tienen cariño: yo soy muy dichosa: sin que lo sepa mi madre, y trabajando un poco mas cada dia, hace un año que voy echando en un bolsillo veinte reales cada semana: ¡si viera V., cuando lo abro, cómo me palpita el corazón! Si supiera V. qué feliz es una cuando puede decir:—¡Hé aquí el fruto de mi trabajo, de mi economía! ¡oh, esto vale mas seguramente que el poder decir:—¡ Soy rica!

A este tiempo se levantó la amiga de la madre de Consuelo para marcharse.

—¿No podría V. dejarme á la niña todo el dia? preguntó aquella: ¡me gustan tanto los niños!

—Puede quedarse hasta la noche, respondió la anciana: yo avisaré ahora á su madre, y le diré que no podia dejarla con mejor compañía.

En efecto, allí pasó todo el dia, que fué uno de los mas dichosos de que hago memoria: ayudé á Consuelo á cubrir la mesa, cambié el agua de sus pájaros, y despues le hice un dobladillo en un pañuelo de batista, cuya marca debia ella bordar.

Cuando me abrazó y me dijo que estaba ejecutado con primor, me creí mas dichosa que el héroe á quien coronan de laurel, ante un numeroso ejército.

Eran espectadores de mi triunfo, Dios, Consuelo y su buena madre que me abrazó tambien con ternura.

—¡Ojalá,—me dijo,—hija mia, veas siempre risueño el rostro de la fortuna! pero si algun dia tienes que ganar el pan con el trabajo, no por eso serás desgraciada: Dios lo dió al género humano como castigo, pero su bondad lo rodeó al mismo tiempo de la mas grande y pura de las satisfacciones: la

del convencimiento del propio mérito y la satisfaccion de la conciencia.

Dos dias despues, vino Consuelo á mi casa: traía en la mano una cajita y un ramillete de violetas, en cuyo centro habia una rosa blanca.

Así que me vió, corrió á abrazarme: se puso de rodillas delante de mí para igualar á la suya mi estatura, abrió la cajita, y sacó de ella una pequeña cruz de oro pendiente de una cinta de terciopelo negro: la suspendió de mi cuello, y despues me presentó el perfumado ramillete.

—María, me dijo con la sencillez candorosa que era en ella tan natural: por bordar y coser aquel pañuelo cuyo pespunte hiciste con tanto primor, me han dado ocho duros: he gastado tres para tí: esta cruz y estas flores son el premio de tu laboriosidad y del mérito de tu trabajo: guárdalas siempre; creo que nada pudiera ofrecerte que mas grato fuese á tu noble corazón: si algun dia te agobia la pobreza, y ya no estoy yo cerca de tí para darte aliento, mira esta cruz y piensa en que la cruz del trabajo, llevada con paciencia, nos hace caminar hácia la felicidad, y en que el Hijo de Dios quiso participar de las miserias de la humanidad y llevar la cruz de su pasión.

Yo abracé á mi vez á Consuelo, que volvió al lado de su madre, para continuar sus tareas.

Aun guardo la cruz y las flores marchitas, y las guardaré mientras viva: y cuando el desaliento me fatiga, vuelvo los ojos al mundo de los recuerdos, y veo á Consuelo, de rodillas delante de mí, suspendiendo la cruz de mi cuello, y como adorando la primera muestra de mi afición al trabajo.

En el artículo de nuestro próximo número, volveremos á encontrar, lectoras mías, á aquella celestial criatura en quien Dios habia reunido cuanto de noble y hermoso puede atesorar la mujer.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARC

AL MAR.

Suspende, mar, suspende tu eterno movimiento,

Por un instante acalla el hórrido bramador,

Y pueda sin espanto medirme el pensamiento,

O en tu húmeda llanura tranquilo reposar.

Del infinito imagen terrífica y sublime

Concibete la mente, temblando el corazón;

Tu inmensidad severa con su poder me oprime,

Y comprenderte no osa mi tímida razón.

Ni el vuelo de la mente tus límites alcanza;

Se pierde recorriendo tu vasta soledad;

Absorta, si contempla tu indómita pujanza,

Atónita, si admira tu augusta majestad.

¡Espíritu invisible que reinas en su seno

Y oscilacion perpétua le imprimes sin cesar!

¿Qué dices cuando bramas, terrible como el trueno?

¿Qué dices cuando imitas doliente suspirar?

¿Al mundo acaso cuentas el tenebroso arcano
Que en el abismo inmenso sepulta tu poder?
¿O luchas blasfemando con la potente mano
Que enfrena tu soberbia, segundo Lucifer?

Coloso formidable te he visto en tu osadía,
Para escalar el cielo, montañas levantar,
Y al trueno de la altura tu trueno respondía,
Cual si al furor divino quisieses insultar.

Mas luego, quebrantado tu poderoso orgullo,
Atleta ya vencido mirábase rendir,
Y en la ribera húmeda, con lánguido murmullo,
Rodabas por la arena tus orlas de zafir.

Entonces tu ribera buscaba complacida,
Gozando de tu calma mi ardiente corazón.
Y acaso los pesares de mi agitada vida
A dormeció un momento dulcísima ilusión.

Tal vez cuando en la playa tus olas me seguían,
Mirándolas, y oyendo su plácido rumor,
—«Palacios te guardamos—pensé que me decían—
»En antros solitarios ignotos al dolor.

»Ven, pues, á nuestros brazos! apaga en nuestros senos
»El fuego que devora tu estéril juventud;
»Ven, pues, alma doliente, y gozarás al menos
»En húmedos abismos pacífica quietud!.

»Si á veces nos alzamos terribles y violentas,
»Vorágines abriendo con hórrido fragor.
»En tu alma se levantan mas fúrvidas tormentas
»Y nunca nuestra calma sucede á su furor!

«Ven, pues; á nuestro impulso tranquila te abandona,
»Que nuestros brazos frios descanso y paz te den;
»De perlas y corales ciñéndote corona,
»Que apague los latidos de tu abrasada sien.»

¡Oh, mar! Y cuántas veces en su fatal delirio
Tradujo así tu arrullo mi herido corazón!
¡Y cuántas ¡ay! calmaste mi bárbaro martirio
Mirando de tus olas la eterna sucesión!

Así, tal vez pensaba, sueñense los días,
Tras sí llevando raudos las penas y el placer,
Y pasan con los dafelos las fiestas y alegrías,
Y nada, por ventura, durable puede ser.

Que pasan las naciones y pasan los imperios,
Y tu siglo al otro siglo sucede sin cesar...
¡El porvenir tan solo conserva sus misterios!
¡El mas allá, que inmóvil nos mira delirar!

Pasaron, mar, pasaron las ansias y tormentos
Que entonces me agobiaban con bárbaro teson,
Y acaso sucedieron delicias y contentos
Que para siempre ¡oh, triste! pasados tambien son.

Que nunca de tus olas agótase el tesoro
Ni agótase en el alma la mina del dolor,
Mas huyen y no tornan los dulces sueños de oro
Del alba de la vida dulcísimo favor.

Prosigue, mar, prosigue tu eterno movimiento,
Cual sigue de mi vida la triste actividad!...
En tí con entusiasmo se fija el pensamiento,
Y, si te busca en calma, te admira en tempestad!

Prosigue, mar, prosigue, que pasan con tus olas
Recuerdos de amargura, recuerdos de placer;
Y en lontananza y lan, inmóviles y solas,
Las rocas que resisten tu indómito poder.

Así la fé se eleva, y en lo interior del alma,
Venciendo tempestades conserva su vigor...
¡Prosigue, mar, prosigue, y en tempestad ó en calma
Proclama la grandeza de tu inmortal autor!

GERTRUDIS GOMEZ DE AYELLANEDA.

A la señora doña

María del Pilar Sinués de Marco.

Me honra V., señora, pidiéndome que contribuya con algun escrito a la confeccion del periódico precioso y útil que ha empezado á publicar, al que, como á otros de igual índole, deberian abonarse los padres y madres de familia para inculcar á sus hijas, á la vez que el gusto por la buena lectura, los buenos, sanos y religiosos principios que son la base de estas publicaciones.

Pero hay otra cosa que, aun mas que las palabras, inculca el bien; á saber, los ejemplos, sobre todo si parten de esferas cuya altura hace que cuanto en ellas acontece esté á la vista de todos; por lo tanto, lo que creo que pueda ser mas ventajoso para su útil y culto periódico, que tantas niñas leerán con avidez, es la relacion del acto solemne, grave, brillante y enternecedor de la primera comunión y confirmacion, cuyos augustos sacramentos recibieron, de manos del señor arzobispo de Sevilla, con el mas santo y grandioso aparato, las dos infantitas doña Amalia y doña Cristina, hijas segunda y tercera de los serenísimos infantes duques de Montpensier.

Por mas que el espíritu anticristiano levante erguida su horrenda cabeza en Europa; por mas que el espíritu anticatólico mine el país que en su época mas brillante y noble mereció y se vanaglorió del dictado concedido á sus reyes de católicos; por mas que el lenguaje adopte neologismos y toda una fraseología nueva que vaya reemplazando la existente, frases hay en nuestra lengua tan usuales y generalizadas en su forma y en su espíritu, gracias á lo profundamente arraigado que está en ella el catolicismo, que se habrán de suceder muchas generaciones antes que se vean desterradas. Una de las indicadas frases espresa el mayor elogio que puede hacerse de las virtudes y buenas cualidades de una persona ó de una familia; pues en ella, merced á su profundo y conciso modo de espresarse, resume el pueblo español cuantos elogios se pueden hacer, y es esta: *es una familia muy cristiana*. La buena y pobre aldeana, que trae su jóven hija á servir á la capital, ruega que se le busque un acomodo, añadiendo indefectiblemente que por Dios sea en *una casa muy cristiana*. Hablando el pueblo de respetables y escelentes familias, enaltece cuanto es dable estos elogios acabando por decir: *son unas gentes muy cristianas*. Así el buen sentido popular sabe, y da por sabido, que todas las virtudes son creadas y sostenidas por el cristianismo.

La generalidad, pues, aplica su hermosa y religiosa frase, así á los habitantes de las aldeas, como á los de los palacios, puesto que las virtudes son tan meritorias y los vicios tan punibles en los unos como en los otros.

¡Qué de veces hemos oído con dulce y tierna simpatía en boca del pueblo esta sentida frase dicha con entusiasmo, aplicada á la hermana de nuestra Reina y al hijo de la veneranda y santa reina Amalia! *Son unos señores muy cristianos*, esclaman, y nunca mejor que aplicada á SS. AA. RR. se comprende y se comprueba todo el significado de esta sentida y justa calificación.

Estos príncipes ejemplares dan á todos los actos religiosos cuanta gravedad, aparato y grandeza es dable, porque esto es un acatamiento á Dios; porque así lo requieren estos actos, y cada cual, en su respectiva esfera, puede y debe hacerlo; porque muy particularmente en los de la clase, que vamos á referir, impresionan las inteligencias, infunden mayor respeto y se graba más indeleblemente su recuerdo en el corazón; porque de este modo dan grande y profunda enseñanza al pueblo, y últimamente, porque así se les ofrece nueva y oportuna ocasión de demostrar su arraigada y ardiente fé y su inagotable caridad, tanto más santa y religiosa cuanto que la hacen dimanar de uno de sus actos.

La preciosa iglesia de San Telmo se veía llena de gentes de las más escogidas, mucho antes de las ocho que empezó la misa, dicha por S. E. el señor arzobispo, con una solemnidad digna de aquel acto y lugar.

Arrodilladas al pie del altar estaban las dos preciosas infantitas, llevando un vestido, cubiertas por un velo, sus inclinadas cabezas coronadas de una guirnalda de rosas, todo blanco, todo puro como sus almas.

Había meses que se preparaban para esta solemnidad sin salir á paseos ni festejos públicos, concluyendo esta preparación por una solemne novena al Santo Sacramento de la Eucaristía que tuvo lugar en la Iglesia del palacio de San Telmo con el fausto y decoro que, como hemos dicho ya, se ostenta allí en el culto que se da á Dios.

Predicóla el dignísimo director de las Infantitas el señor don José María Alonso y Elena, prepósito de San Felipe Néri, haciéndolo de una manera tan sabia como tierna, conmoviendo á su auditorio y conmovido él mismo por el fruto que sacaba de su santa enseñanza.

En la misa recibieron ámbas sus aprovechadas discípulas la sagrada Comunión de manos del venerable príncipe de la Iglesia que oficiaba, el que, después de concluido el Santo Sacrificio de la Misa, cubierto de la mitra, las confirmó en la fé que juraban sus libros, acataban sus mentes y amaban sus corazones.

Si todo en aquel acto conmovió, no solo á sus augustos padres y familia, sino á cuantos lo presenciaban, aun lo hizo más cuando abriendo calle la apiñada concurrencia, vió pasar seguidas de sus padres á las dos favorecidas por el Dios, á cuyos pies con tanta fé

y amor habían acudido. No era su compostura lo que más se admiraba en aquellas hermosas criaturas, cuyos diáfanos velos parecían aun alas de ángeles, pero que ya retenían sobre sus sienas las coronas de virgenes; era su profunda emoción, su completa abstracción de cuanto las rodeaba. Sobre sus encendidas mejillas corrían aun lágrimas que se desprendían de sus ojos bajos y que caían sobre sus cruzadas manos.

Un pormenor, pequeño en sí, pero que no se ocultó al intenso interés con que, bañados nuestros ojos en lágrimas, las contemplábamos, probará cuán profunda y completa era esta abstracción. En algún pormenor de la ceremonia, se había desprendido un bucle del hermoso cabello de doña Amalia, la mayor de las dos infantitas, digna ahijada de su augusta madrina y abuela la escelsa soberana de igual nombre, y caía, ciertamente molestandole sobre su mejilla: la absorvida cristiana no había pensado en recogerlo. ¡La hermosa niña ni aun se había parado en que esto destruía la armonía de su peinado! Tal abstracción en una niña es una prueba mayor de lo que parece á primera vista de lo profundo, devoto y tierno de los sentimientos que la causaban.

Al salir de la iglesia, fueron SS. AA. RR. á un salón en que estaban reunidas sesenta niñas pobres á quienes habían vestido, y las dos infantitas fueron entregando á cada cual un diez y nueve, inaugurando con tan grande obra de caridad la nueva y cristiana faz de su bella vida.

Después de un espléndido almuerzo, repartieron sus puras y benditas manos y las de su augusta madre y hermanas dos mil hogazas de pan á los pobres, sobrando gran cantidad que fué llevada á conventos de monjas.

A las tres se cantaron vísperas y terminó la solemnidad del día con la bendición Pontifical.

Muchos se dedican á buscar lo malo y á publicarlo: nosotros preferimos buscar el bien y hacerlo conocer. Hace poco hallábamos la nobleza entre los girones de una mendiga y la dábamos á luz en el cuadro de costumbres populares intitulado *Vulgaridad y Nobleza*. Si hallamos un admirable conjunto de altas virtudes en un palacio, lo damos á conocer con el mismo entusiasmo, placer y admiración.

Me persuado, señora, de que he contribuido, con la referencia de este religioso acto, á lo que V. se ha propuesto en el excelente programa de su periódico, en que promete que EL ANGEL DEL HOGAR será un amigo cariñoso y un consejero útil, pues creo que de ninguna manera puedo probar á sus lectoras más cariño que reseñándolas escenas tan admirables como las que he trazado, ni darles consejo más útil que el de imitarlas.

FERNAN CABALLERO.

LA MEDICINA.

I.

Voy á referir la historia de mi vida , que encierra una terrible leccion.

Quedé sin padre muy niño : mi madre, que habia estado casada con un modesto hacendado, consagró su viudedad toda entera á mi educacion. Cuando llegué á la edad de poder escoger carrera, titubeé algun tiempo entre la profesion de abogado y la de médico : me pareció al fin que la primera habia llegado á su apogeo de gloria y de poder , que se hallaba amenazada de una próxima decadencia, y me decidí por la segunda.

Seguí mi carrera, trabajando y divirtiéndome mucho : al cabo de ocho años, sufrí con brillantez mis exámenes y me hice médico.

Mi madre entonces, á pesar de mi resistencia, puso sobre mi mesa todos los títulos y valores que componian su modesta fortuna : me negué á recibirlos, alegando que , como provenian de mi madre sola, ella era la que debia conservar la administracion de aquella fortuna.

Me fué preciso, sin embargo, ceder: no preveia yo entonces que aquel depósito podia correr riesgo en mis manos.

Al cabo de un año, fatigado de no ser nada, y aguardando en vano que vinieran muchos clientes, leí en un periódico que se sacaba á oposicion una plaza de médico del hospital de Madrid. Me presenté á la oposicion, fui propuesto y nombrado.

Dejé sin pesar mi ciudad natal en la que tan poco aprecio se habia hecho de mis talentos, y marché á tomar posesion de mi nueva plaza.

No hay necesidad de decir que mi madre me acompañó : nos establecimos en la capital : entre el sueldo de mi plaza y algunos clientes que se me proporcionaron, lo pasábamos bien.

Aunque mi juventud no habia estado exenta de faltas, no habia tenido la del juego : así es, que sin emocion pasaba al lado de una casa , donde desde principios de este siglo, cual en un abismo , se habian sumido muchas fortunas.

Un amigo, un antiguo compañero de universidad, me dió un dia la idea fatal de entrar en ella : habia venido á pasar algunos dias á Madrid, y me llevó con él á dicha casa : entré en aquel *pandemonium* con el espíritu turbado y, sin embargo, preciso es convenir en que ni el sitio, ni sus parroquianos, tenian mala traza.

La habitacion era magnífica y estaba espléndidamente iluminada : una multitud elegante, donde la vista apenas podia distinguir la vulgaridad de algunas fisonomias, circulaba en los salones, ó estaba

apiñada en derredor de las mesas cubiertas de tapetes verdes. Empero, en vano el lujo y la moda ostentaban sus maravillas en aquel palacio de delicias.

La ardiente preocupacion escrita sobre todos los rostros : los relámpagos que de improviso brotaban de los ojos : los lábios, de tiempo en tiempo mordidos con una involuntaria convulsion, advertian bien pronto que se hallaba uno en lugar sospechoso : y el sonido del oro, rodando sobre las mesas, y el extraño ruido de los billetes, al arrugarse aplastados por manos nerviosas, acababan de denunciar el vicio.

Jugó mi amigo algun tiempo, ya perdiendo ya ganando ; despues estuvo en vena : yo me dejé tentar y puse á las mismas cartas que él, ganando una suma no muy considerable.

Pero el mal estaba hecho.

El demonio del juego me habia cogido en su anzuelo.

Nos retiramos hácia la madrugada llevándonos entre los dos una regular cantidad de dinero : él alegre, yo profundamente triste.

La expansiva alegria de mi compañero no pudo disipar aquella nube, y al entrar en mi casa no pude lograr dormirme, sino despues de haber jurado no volver á jugar.

Buena era la resolucion y de buena fé tomada ; pero no debia cumplirla.

El desprecio que hice de ella, despues de algunos dias de lucha, probó otra vez mas todavía la tiranía que las pasiones ejercen y lo inútil de todos los juramentos.

II.

No referiré á mis lectores los trámites por que pasé antes de ser un verdadero jugador. Básteles saber que fué rápida y completa mi caida. Entregado á una pasion, cuyos peligros conocia, pero cuyo poder ni aun habia sospechado, fui bastante dueño de mí mismo para ocultarla á mi madre, que nunca supo la verdad.

¡ Ay ! ; Mas hubiera valido que la supiese !

Siempre la he tenido el mayor respeto, el mayor amor ; sus caricias hubieran logrado mi cura. Ni aun sospeché la existencia de mi mal. Salia todas las noches ; y cuando las vigiliias, los remordimientos, las emociones inseparables de la vida del jugador, dejaban alguna huella sobre mi rostro, me era fácil tranquilizar su ternura alarmada, pretestando una preocupacion, un trabajo, un doloroso recuerdo de los terribles espectáculos que todos los dias veia en el hospital.

Temblaba, sin embargo, que por algun desconocido supiese mi madre mi conducta.

Feliz en el juego al principio, me sucedió lo que siempre ; no tardé en perder ; quise

desquitarme, y perdí mas: en aquella casa se perdieron todas mis economías.

Contraje deudas; despues perdí un año de mis sueldos; y un día, día fatal, llevé á la Bolsa para vender una parte de los títulos que componian el corto patrimonio de mi madre, y que me habia confiado en depósito.

Volví á la casa de juego con el valor de aquellos títulos, que importaban una cantidad bastante fuerte: en dos días quedó devorada.

Loco de rabia y de dolor fui á vender otra parte de los títulos, y tambien la perdí.

Ya no me quedaba mas que una: la vendí como las anteriores. ¿Habrá necesidad de decir que tambien la perdí?

A esta última desgracia, lleno de fiebre, vi todo el horror de mi crimen y caí en una estúpida insensibilidad.

Apercibióse de ello mi madre, y suponiendo que eran algunas penas de amor, me prodigó los mas tiernos cuidados; empero, sus caricias me eran insoportables; sus dulces palabras, que me invitaban á abrazarla, eran para mi corazón otras tantas espadas que lo traspasaban.

—¡Tu madre está arruinada por tí, miserable! me repetía continuamente mi conciencia; por tí va á verse precisada á renunciar á todos los hábitos que eran el consuelo de su vida: no tendrá ni una criada, ni un cuarto espacioso y cómodo, ni flores en él, ni un asiento en el teatro los días que se cantan sus óperas favoritas.

Mi desesperacion me inspiró una resolucion estraña: me hizo mas culpable todavía, si es posible, cuando podia repararlo todo.

Le quedaba á mi madre una casita en el pueblo en que habia nacido: repugnaba venderla, mas la determiné á ello. Fijóse el precio en cincuenta mil reales, que me fueron entregados inmediatamente. La vista de aquel dinero devolvió á mi pasión fatal toda su energía, todas sus ilusiones.

Volví á la casa de juego. ¿Qué diferencia entre la noche en que habia entrado por primera vez y ahora!

Entonces era la primavera: ahora el invierno, en una de sus noches mas tristes: un viento glacial soplabá en las calles, y aun rodaban en ellas los primeros copos de la nieve que estaba cayendo.

En el momento de entrar en la casa de juego, vi sentada sobre un escalon de piedra, que habia á la entrada, una figura de mujer, miserablemente vestida, que alargaba la mano como para implorar la caridad.

Sorprendido de su inmovilidad, de su silencio, me bajé para mirarla de mas cerca.

Se hallaba dormida.

Su delantal cubría una parte de su rostro;

pero se veía lo bastante para adivinar la juventud y la hermosura.

La pobre niña habia acudido allí para solicitar la generosidad de los jugadores. Poco á poco, la fatiga, el cansancio y el frio la habian entumecido: se habia dejado dominar del sueño, y alargaba maquinalmente la mano.

Al ir á entrar en la casa á dar el golpe que debia decidir de mi destino, me detuve.

El aspecto de aquellas facciones, en las que se retrataban la privacion y el sufrimiento, aquella espresion dolorosa combatida por la influencia del sueño, que imprimía sobre sus hermoso rostro un contento relativo, una pasajera seguridad, escitaron mi compasion.

El juego no habia cerrado enteramente mi corazón á los buenos sentimientos: deslízose de mis ojos una lágrima á la vista de aquella belleza, de aquella inocencia y de aquella desgracia.

De pronto la niña se agitó; presté oído.

—*Para mi madre! para mi madre!* decia durmiendo.

Eché mano á una moneda de cinco duros, y la coloqué en sus blancas manos; despues me lancé dentro de la casa.

¡Buena accion! supersticion del jugador.

III.

Entré en la sala de juego: tomé parte en él; gané al principio; se redoblaron mis esperanzas; pero pronto cambió la suerte.

Perdí; volví á perder; perdí todavía con una desgracia y una tenacidad sin ejemplo.

En una hora habian sido devorados mis cincuenta mil reales.

Me levanté de la mesa tranquilo, con un aire indiferente; pero vacilaba al andar hacia la puerta, y crispados mis dedos se habian clavado en mi pecho hasta hacer saltar la sangre.

Bajé la escalera, dando traspiés á cada escalon; pero ya no estaba en peligro de morir de una apoplejia fulminante.

El aire frio de la calle, al azotarme en el rostro, habia vuelto la circulación á mi sangre.

Los gritos de desesperacion, las maldiciones de la rabia salian de mis lábros: la idea del suicidio pasó por mi cabeza cual un siniestro relámpago y la adopte al momento.

Al salir, para ir á verificarlo, tropecé con el pié en la pobre muchacha á quien habia dado limosna. Se hallaba todavía dormida: no habia aun cambiado de aptitud: en su blanca y delicada mano brillaba todavía el doblon de oro que habia colocado en ella.

Me detuve un instante, y entónces cometi la accion mas mala de mi vida.

El juego es la pasión detestable que conduce á todas las infamias: habia robado á

mi madre; pero esto no era nada todavia; robé á la infeliz niña que estaba allí dormida á mi vista: robar es la palabra que merece mi accion: volví á cogerle el doblon que le habia dado.

Ella no habia sentido la limosna, ni sintió tampoco el robo.

—*Para mi madre! para mi madre!* decia todavia, cuando mis dedos tocaron ligeramente su mano.

(Se concluirá.)

José MUÑOZ GAVIRIA.

TEATROS.

Por gracia de la señora directora de EL ANGEL DEL HOGAR, me veo ya en el compromiso de manifestar á sus lindas suscriptoras mi opinion acerca de las obras que nos ofrezcan los teatros.

Sentado queda que solo una buena intencion puede guiar mis juicios, y ojala, queridas mias, que esta cualidad os satisfaga por completo, por mas que yo dude algunas veces de su suficiencia.

Figalo sino el Sr. Zamora y Caballero, autor de la comedia en tres actos y en verso, estrenada últimamente en el teatro de Variedades con el titulo de *La mejor joya el honor*.

Este titulo me llevó al coliseo de la calle de la Magdalena, muy dispuesta á aplaudir la obra; pero, con harto pesar mio, no pude aplaudir mas que su *buená intencion*, pues por su pobreza en la trama y falsedad en los caracteres no logró interesar al público que la recibí con alguna frialdad.

De lamentar es que el laborioso Sr. Zamora y Caballero no haya hecho brillar, como merecia, el bellísimo pensamiento de su obra, que tiende á combatir el lujo y sus desastrosas consecuencias. Yo le felicito, por el nada mas, desde el fondo de mi corazon, como felicito al aventajado y jóven actor Sr. Mario que tan legítimos aplausos se conquistó en el papel del veterano Antonio.

Otra comedia en tres actos, arreglada del francés, se ha estrenado en el afortunado teatro del Principe á beneficio del simpático y estudioso actor don Juan Catalina. Titúlase *El amor de los amores*, y es una obra que os recomiendo por la sencillez de su argumento, por la ternura con que está escrita y por la verdadera poesia que rebosan algunas escenas.

Hacer que una mujer prohíje el fruto ilegítimo de los amores de su marido: hé aquí la base principal de esta comedia; pero el autor ha tratado el asunto, algo resbaladizo en verdad, con tal acierto y conocimiento del teatro, y ha combinado tan perfectamente la tirantez, que habia

de resultar en algunas escenas, con el chiste de otras, que no ha podido menos de obtener un verdadero triunfo.

El tipo del marido, que delira por ser padre, es delicioso y está interpretado admirablemente por el Sr. Catalina (don Juan), que cada dia va adquiriendo nuevos títulos á la simpatía y aprecio del público.

Matilde está inimitable; sin embargo, hemos observado que en algunos arranques de su papel, perfectamente interpretado, no despierta el entusiasmo del espectador.

¿A quién debemos culpar de este extraño resultado?

¿A la actriz? no.

¿Al público? tampoco.

Yo creo que el autor, en esos arranques, y especialmente en el primer acto, ha falseado algun tanto el tipo, porque la mujer, en cuyo corazon está arraigado tan ardientemente el sentimiento de la maternidad, al verse sin hijos, no declama, llora.

La niña Franco está encantadora, y entenece y arrebatá al público, que, no contento con colmarla de aplausos, quisiera colmarla de besos.

Catalina (D. Manuel) se hace aplaudir aunque su papel es de escaso lucimiento, y las señoras Tenorio y Dansant, contribuyeron con el buen desempeño de los suyos, al brillante éxito de *El amor de los amores*, que tan magníficas entradas está dando y dará á la empresa.

Después de esta comedia, he asistido de nuevo al teatro de Variedades, en donde se presentaba por primera vez, restablecido ya de su enfermedad, el Sr. Romea, haciendo el *Testamento* de una manera superior á todo encomio.

En la misma noche, ví dos piezas nuevas, la una del Sr. Zamora y Caballero titulada, *Don Ramon*, y la otra *El Estudiante novel* del Sr. Mozo de Rosales. Ambas lograron entretener á los espectadores, que celebraron los chistes de estos juguetes, especialmente los del *Estudiante*, que tiene mas vida y está escrito con mas desenfado.

Por último, he visto tambien en el Circo la comedia de magia *La Almoneda del Diablo*, reformada por su autor el señor Liern, y puesta con un lujo inusitado. No soy partidaria de los espectáculos en que principalmente no toma parte la inteligencia, y después de los que nos ofrecen los bailes de máscaras y circos de caballos, á los cuales rara vez asisto, y los de la Plaza de toros, á los que no asisto nunca, figuran en la lista de los de mi poca devoción las comedias de magia, en las que, por lo regular, se sacrifica la obra al lucimiento de la maquinaria. Conozco

que *La Almoneda del Diablo* tiene bellisimos trozos de versificación, pero en su conjunto está muy lejos de justificar, á mis ojos, los crecidos gastos que para ponerla en escena ha hecho la empresa, gastos que generalmente hacen todas las empresas muy á gusto cuando se trata de obras de esta especie, á la vez que escatiman otros insignificantes exigidos por el decoro de otras obras de mas importancia bajo su verdadero punto de vista.

Mi hija, que se empeñó en que la llevara á ver la isla de Jauja, se durmió á las once y media, esto es, hora y media antes de que se terminara la función y antes tambien, por consiguiente, de que el Sr. Miguel bailara el tan celebrado *Cucuyé* y que, en mi juicio, es lo que algunos epigramas que he leído; ó una desvergüenza ó una tontería.

UNA MADRE DE FAMILIA.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

FIG. 1.^a—*Traje de visita*: Vestido de paño de seda negro, sembrado de pequeñas estrellas blancas, brochadas; cuerpo de talle redondo: mangas de codo, guarnecidas en la sisa y en la parte inferior, por un fleco de felpilla negro y blanco; un fleco igual forma sobre el cuerpo berta cuadrada: cuello plano de tül: mangas interiores con puños un poco anchos, del mismo género que el cuello: sombrero de terciopelo imperial blanco, adornado por dentro y por fuera de flores escoceas: las de la parte exterior terminan en unas yerbecitas secas, mezcladas con pluma gris y negra, de gran delicadeza y suavidad. Chal de cachemira de la India, cuyo dibujo forma listas ricamente brochadas: guantes color de maíz.

Este traje es propio para señora casada, sea cualquiera su edad; igualmente es á propósito para señorita sustituyendo al paño de seda, glasé negro liso, pues no hay nada tan elegante para las jovencitas como la sencillez.

Si lo elige una señora casada, podrá sustituirse el racimo de flores, que lleva el sombrero esteriormente, con dos plumas pequeñas, que formen coquete, una blanca y otra azul turquí, lo que añadirá muchos quilates á su suntuosidad: á las señoritas, segun las leyes del buen gusto, les está completamente prohibido el uso de las plumas.

FIG. 2.^a—*Traje de recibir*: Vestido de tela de seda gris, guarnecido en el bajo de la falda con una rica pasamanería gris, mezclada de abalorios y cuentas blancas: este sun-

tuoso adorno, que reúne la mayor novedad, al gusto mas esquisito, está ejecutado del modo que vamos á describir, para mejor inteligencia de nuestras bellas suscriptoras.

Se halla dispuesto en forma de grandes dientes, sobre raso blanco: la parte inferior del diente, ó pico, es cuadrada, y está guarnecida con un fleco de seda torzal muy espeso: en la parte superior, remata en una flor de pasamanería de la que salen dos eslabones: pendiente del último, hay un medallon que termina por cuatro borlas bastante grandes, de seda: estas borlas llenan los huecos del adorno, de la manera mas graciosa.

Cuerpo de talle redondo, con una pequeña bajada en la espalda, que forma una punta muy ligeramente indicada: manga un poco holgada, de codo, adornada de un ancho jokey de pasamanería, en armonia con el adorno de la falda: la vuelta de la manga es tambien de pasamanería, y de ella sale un fleco que sigue guarneciendo toda la costura del codo.

Cuello liso de batista, que lleva al derredor un ancho dobladillo á respunte: puños iguales: corbata blanca, con las puntas bordadas y orladas de un feston.

Sobre el cabello, recogido muy bajo, cófia-redecilla de muselina inglesa, guarnecida de conchas de Valenciennes, entre las que se colocan algunas lazadas de cintas de terciopelo azul.

Nada podemos recomendar á nuestras suscriptoras de mejor gusto que este traje: está destinado para recibir en casa, pero sirve tambien para concierto, para convite y para esas reuniones en pequeño, en las cuales la franqueza y la cordialidad brotan en torno del elegante velador que sostiene las tazas del aromático té.

Una señora jóven estará encantadora con él: si agradase á alguna señorita, puede usarlo, sustituyendo las pasamanerías con una greca de terciopelos negros, adornada de pequeños botones de acero, que figuren clavitos, puestos bastante espesos, y siguiendo todos los contornos del dibujo.

A una señorita, aconsejaremos tambien que reemplace la linda cófia de nuestro grabado con una redecilla de seda azul, ó simplemente con un gracioso lazo de cinta de este color, puesto que en las ricas trenzas de la juventud es coquetería poner un adorno lo mas sencillo que sea posible para que luzcan toda su espléndida hermosura.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARIA DEL PILAR SINUEZ DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORJA 14.